



**Artículo:** Problemas del historiador provinciano

**Autor(es):** Muriá, José María

**Revista:** Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

**Número:** 3

**Año:** 1980

**ISSN edición impresa:** 0187-182X

**ISSN de pdf:** [en trámite]

**Forma sugerida de citar:** Muriá, José María. "Problemas del historiador provinciano" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 3 (1980): p. 30-36. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM.

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3677>

---

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

**Correo electrónico:** [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

---

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

## PROBLEMAS DEL HISTORIADOR PROVINCIANO \*

José Ma. Muriá

Caracterizar de nueva cuenta a los historiadores provincianos sería ocioso y repetitivo. En octubre de 1974, los asistentes al *II Encuentro de Historiadores de Provincia* en la ciudad de San Luis Potosí fueron testigos de la vívida descripción que Luis González hizo de nosotros.<sup>1</sup>

Se trató de una crítica dura, pero en el tono que un padre amoroso y consciente emplearía para hacer ver a sus hijos los defectos de que adolecen gracias a que los conoce muy bien, comprende perfectamente la razón de sus carencias y, por lo mismo, sabe justipreciar sus pocas o muchas virtudes.

Así pues, en la forma aguda y sencilla que sólo el maestro González emplea, con la patente de su indiscutible paternidad de lo que podría llamarse una nueva historia de la provincia mexicana, puso el dedo en la llaga de los principales problemas que aquejan a sus historiadores.

Debe reiterarse que la intención no era ofensiva, como llegaron a suponer algunos asistentes al evento, poco acostumbrados y menos dispuestos a oír el canto de la verdad. Fue más bien una actitud típicamente histórica: ir al fondo de los males a fin de explicar el estado lamentable que, en términos generales, guarda la historiografía provinciana de México.

No podía haber otro propósito en quien tanto ha hecho por contrarrestar el desequilibrio que, en este sentido, guarda la provincia toda con respecto a la capital.

Lo lamentable, en cualquier caso, sería la pobre divulgación de un texto que debiera ser bien conocido por todos y cada uno de los provincianos interesados en cuestiones históricas. Y, por qué no, aun por los grandes y mejor reputados historiadores nacionales, pues no deja de ser deplorable la ignorancia que a menudo hasta los jefes de la historiografía exhiben respecto de las condiciones reales por las que atraviesa la historiografía no capitalina.

Sin pretender resumir íntegramente el artículo del maestro González, recordaré tan sólo que reunía sus observaciones en seis aspectos principales:

El conservadurismo, el diletantismo, la pobreza, la hybris, la pereza y la soledad.

\* Ponencia presentada en las III Jornadas de Historia de Occidente realizadas en Jiquilpan, Michoacán, en el mes de agosto de 1980.

El *conservadurismo*, que procede de la tímida defensa ante el avasallador centralismo industrializador y *estandarizador* en que se ha traducido el ya secular proceso de colonización interna, ocasiona, dice, un frecuente desinterés por el mundo de hoy con la consecuente falta de comprensión del mismo.

Al *diletantismo*, en cambio, lo ve como producto de la escasa buena formación recibida por el historiador de provincia. Sin duda que la mayor parte de nuestros historiadores nunca han pasado por las aulas especializadas, pero incluso los pocos que lo han hecho en las deficientísimas y escasas escuelas de historia provincianas tampoco pueden presumir de haber alcanzado una sólida formación. Además de que los conocimientos académicos sobre su región o su municipio, adquiridos organizadamente, son de hecho nulos.

De la *pobreza*, aparte de la falta de estímulos oficiales, es de lo que más referencia se ha hecho, pues se encuentra en boca de casi cualquier provinciano cuando logra alcanzar un micrófono. De hecho, la mayor parte de los análisis de su propia situación se concreta a remarcar la pobreza de las bibliotecas, la paupérrima organización de los repositorios y lo miserable de las partidas destinadas a la investigación, cuando ésta existe.

Sin embargo, no debe caerse en la tentación de aceptar que la pobreza sea la única razón del estado de atraso en que se encuentra la historiografía provinciana. Además de las señaladas, Luis González agrega el despilfarro de lo poco que se tiene. Lo que él denomina *hybris*: "tener apenas para comer y gastarlo en borracheras de órdago".<sup>2</sup>

Luis González no insistió en el despilfarro económico, -de lo que también podría hablarse- sino en la "hybris intelectual". La enorme cantidad de pólvora gastada en infiernitos: celebraciones, actos cívicos, homenajes, fiestas escolares, etcétera, que mantienen al historiador entretenido en diversos asuntos y lo alejan del trabajo formal. Más aún al tratarse de comunidades pequeñas en que la diversificación llega a ser mayor porque menor es el número de sabios.

Un aspecto más de los contemplados por González y González es la *pereza*, la cual contrasta con la alta productividad capitalina que resulta del profesionalismo de sus historiadores, "Quizá los capitalinos trabajen más de la cuenta",<sup>3</sup> sostiene, pero el caso es que la productividad provinciana deja mucho que desear.

También se refiere a la *soledad* que resulta de la ausencia de comunicación con otros historiadores. No obstante que en algunas ciudades de las llamadas del interior existan pequeños grupos de intelectuales que permitan cierta relación, escasean los mecanismos especializados en poner al habla, a nivel local, nacional e internacional, al erudito provinciano con sus cofrades.<sup>4</sup> Una manifestación de esta soledad la constituye la endeble publicidad que recibe el quehacer regional. Esto sin detrimento de que las dificultades de edición y distribución conviertan a los libros impresos en los estados, en prácticamente inéditos.

No pretendo quitar un ápice de validez a lo expuesto por Luis González, toda vez que está dicho desde la perspectiva que del bosque ofrecen las cumbres de una vasta experiencia, apoyada tanto en el conocimiento de la vida pueblerina como en un buen ganado sitial entre los más refinados círculos de historiadores metropolitanos. Quizá sea útil descender y agregar algunas referencias sobre lo mismo desde el plano de uno de los árboles que están abajo; es decir, desde el punto de vista de quienes

se encuentran inmersos en la situación y, efectivamente, no alcanzan a contemplar sino los troncos -pocos por cierto- que les son vecinos, en la inteligencia de que solo saldrá de allí una visión en exceso parcial.

Por mucho que me haya empeñado en erguirme para alcanzar un radio visual más amplio, procurando saber de cuanto en provincia se hace en materia histórica, mis plantas no han dejado de "hacer tierra" y muy lejos estoy de poder hablar en nombre de todos los historiadores de provincia y menos aun de los mejores.

En tales condiciones, la apreciación resulta exclusivamente mía sin pretender el respaldo de mis colegas. No obstante, puedo argumentar en mi favor el gozar -en cierta medida- de una privilegiada postura respecto a muchos de ellos. No tan sólo por el hecho de haber agregado a mi mala preparación provinciana algunos años de entrenamiento en una prestigiosa institución de la capital, sino porque, como consecuencia de lo anterior, mientras otros logran incursionar en la historia tan solo robándole horas al sueño o a la diversión, yo he conseguido hacer de su estudio un *modus vivendi* gracias al patrocinio de una dependencia federal. Amén de que esta condición me ofrece más ocasiones que a la mayoría de mis colegas de sacudir el moho al entrar en contacto directo -aun así demasiado esporádico- con quienes mucho pueden enseñar.

En provincia, el historiador se convierte con facilidad en cabeza de ratón, lo cual a veces es más atractivo que estar en la cola del rey de la selva, pero ello puede convertirse en una verdadera trampa si no se procura salir en busca de la confrontación y de la crítica.

Resulta muy sencillo ser seducido por el aplauso de quienes menos saben o prefieren no opinar, con lo cual se alimenta el ego y éste crece en forma desmesurada, pero se pierde por completo el sentido de la realidad de las capacidades propias. En provincia el reto mayor es el de la información y no el de la formación o el análisis. De tal suerte, la única competencia consiste en ver quién tiene capacidad de acumular más información al estilo de historiadores improvisados casi positivistas, con lo cual, el historiador supuestamente formado en las aulas para historiar de una manera más explicativa que fáctica, con frecuencia, sin darse cuenta, va olvidando su adiestramiento teórico para incurrir en el deporte de coleccionar datos o, lo que es peor, de recolectar documentos, sin que la información obtenida alcance mayor transcendencia.

Si no se está muy consciente de ello, aun el mejor formado de los historiadores irá cayendo, doblegado por el medio ambiente, y acabará trabajando igual que los demás.

Sucede como con aquellas intensas campañas alfabetizadoras acostumbradas antaño: con rapidez vertiginosa se lograba enseñar a leer y escribir a muchos miembros de una comunidad, pero la falta de práctica propiciaba que el individuo retornara pronto a la ignorancia original.

Leer y escribir o -en nuestro caso- historiar académicamente tiene sus notorias ventajas, pero de nada sirve si éstas no se hacen obvias y el historiador de provincia se encuentra con que ni siquiera su público acepta lo que él escribe o piensa.

Aceptando que la feroz centralización de la vida mexicana es consecuencia de un acusadísimo desnivel entre la capital y la provincia, resulta indispensable no olvidar a la Metrópoli en aras de un mejor desarrollo de la historiografía regional, aun cuando los colegas del centro con frecuen-

cia olvidan nuestra existencia, como resultado, quizá justo, de la historiografía que hemos venido realizando.

Lo más frecuente es que los historiadores provincianos seamos tomados -en el mejor de los casos- como abastecedores de los datos fidedignos que hemos obtenido tras larga búsqueda paciente en archivos locales -para lo cual muchos son extraordinariamente hábiles-. Sin embargo, poco se reclama o se exige de ellos cuando de otra cosa se trata y menos se les recuerda cuando aparece alguna oportunidad de asomarse a nuevos horizontes.

Por otro lado, el aislante bloqueo se consolida ante las raras ocasiones en que los autores locales pueden acceder a una tribuna fuera de su residencia y la enorme dificultad que existe para disponer de prensas divulgadoras de sus escritos.

Si no se dispone de medios propios para financiar las ediciones, lo más probable es terminar arrastrado por circunstancias ajenas a la especialidad, a la vocación, o a la particular creencia de lo que primeramente debe ser estudiado; sino que se trabajan -generalmente a matacaballo- los temas que circunstancialmente interesan a gobiernos municipales, a los estatales o a otras instituciones, generalmente con el único fin de conmemorar con mayor realce aniversarios de cifras redondas. En este caso se incurre de ordinario en dispendios innecesarios en cuanto al costo de la impresión.

Al igual que durante los últimos años del porfiriato, desde hace algún tiempo se ha desatado un especial entusiasmo por las ediciones elegantes o, por lo menos, caras. Varios ejemplos pueden mencionarse de gentes que solamente bajo estas circunstancias escribieron. Sea como fuere, aun si el trabajo del historiador no es del todo satisfactorio ni para él mismo ni para los lectores, tiene la ventaja de que al menos su publicación se encuentra asegurada, salvo cuando el texto no es del agrado del patrocinador, de donde se deriva también otra limitante a la tan cacareada libertad de expresión.

Este es un punto en el que se deberá hincar el diente con mayor calma, dado lo poco que se ha tratado. De momento, baste tan solo insinuar este apunte.

Si el historiador de provincia es verdadero provinciano, y no tan solo ave de paso, guarda con el conjunto de su comunidad mayores y más intensos compromisos.

En primer lugar, resulta difícil suponer -salvo excepciones- la existencia de núcleos académicos lo suficientemente grandes a efecto de que, por sí solos, tengan la fuerza necesaria como para amparar a sus miembros. En la capital acontece que los colegas forman parte también del grupo social con el que se codea el historiador fuera de la cátedra; pero en provincia -dada su soledad-, los nexos del historiador se tornan mucho más diversos, en razón de que, con dificultad, encuentra acomodo cabal en un grupo. De ahí que, con la frecuencia permitida en comunidades más pequeñas, su roce alcance con facilidad a las autoridades civiles, militares y religiosas, y aun a los jefes de la economía local. De ahí que también le sea más problemático penetrar en asuntos de los que con certeza sabe que desagradarán a quien comparte con él algunas horas de su vida.

Entiendo que de ahí proviene asimismo aquello que se ha denominado el "culto por los orígenes"; esto es, la preferencia por estudiar el principio y no el fin de lo creado por el hombre en su localidad. O sea, el éxito y no los fracasos. Aparte de que por consecuencia se estudiarán así tiempos más remotos, trascenderá difícil lastimar a los descendientes de

los coludidos -o a los coludidos mismos- en el nacimiento de una organización, una ciudad, etcétera. Lo cual no sucederá si se investiga con fidelidad una maniobra fraudulenta o el ocaso de una institución.

Es notable, en este sentido, la cantidad de veces que un historiador de provincia advierte la inconveniencia de divulgar tal o cual acontecimiento en beneficio de la comunidad, cuando en realidad es a él a quien no conviene divulgarlo. De hecho, por no tratarse de una censura explícita, seguramente cae en una limitación expresiva mucho mayor de lo que podría decir sin que le acarreará al autor alguna dificultad real.

De ahí deriva la pereza de que se acusa a los historiadores provincianos. Chismosos por naturaleza, en cuántas ocasiones no hemos invertido un tiempo apreciable en seguir un filón, aun a sabiendas de que nunca se escribirá sobre ello, pero que sí podría servir para llamar la atención en una tertulia con propios o extraños, al confiar el resultado de las pesquisas como si se tratara de un "secreto de Estado".

En realidad, lo ideal sería que los libros "comprometedores" quedaran por completo terminados antes de morir el autor, para ser impresos después, pero se han visto demasiados casos en que el anunciado manuscrito desaparece misteriosamente en el momento oportuno.

La falta de formación o, mejor dicho, la formación deficiente, obliga al historiador provinciano a ser "todista". Sin duda alguna que si no se consigue jerarquizar la información, se deseará tenerla en su totalidad antes de dar por concluida una investigación, de ahí que, con frecuencia, termine con la muerte y todo se vaya al caño. Además debe considerarse el miedo que produce la posibilidad de que, una vez publicado el libro, surja el colega receloso y entonces dé a la luz datos que supuestamente le hacían falta.

No sé si el historiador provinciano sea egoísta de nacimiento con su información o lo han escamado quienes de él han abusado, aprovechándose de su trabajo sin darle el más mínimo crédito. Lo curioso es que la tacañería mostrada para con el paisano se torna en generosidad, a veces ilimitada, cuando el que acude en busca de información es forastero. Y más curioso se antoja que los constantes abusos cometidos por éste se esgriman como argumento para negar colaboración a los locales.

En el fondo, el historiador de provincia tiene un marcado sentimiento de inferioridad -producto quizá de lo que se ha denominado colonialismo interno- que no puede resistir el reclamo del foráneo, menos aún si éste es extranjero.

De cualquier manera, no debe considerarse del todo reprochable esta postura, puesto que suele apoyarse en el pensamiento provinciano de que éste es el único camino para que su esfuerzo no pase desapercibido. Nada le causa mayor satisfacción al historiador de provincia -cuando sucede que el figurar entre los "agradecimientos" de un libro editado en el exterior y debido a una pluma famosa.

Por otro lado, vale señalar que este "malinchismo" regional es atribuible también a las frecuentes disputas entre los historiadores de una misma localidad.

En este sentido no tenemos nada que envidiar a los maestros capitalinos, ni ellos a nosotros; pero cuando se trata de lugares pequeños con pocos estudiosos del pasado, las disputas internas repercuten más dolorosamente máxime que las enemistades subsisten a pesar de la convivencia, con lo cual el distanciamiento se convierte en una lucha permanente que a menudo se lleva a cabo con base en las peores marrullerías, como ocul-

tar documentos, proporcionar pistas falsas y proceder a una solapada labor de descrédito. Todos arguyen que les fue robada información, que algún texto inédito fue "fusilado", que no se les reconocen méritos por culpa de fulano o de zutano. . . En fin, todos se sienten agraviados.

Y, como si lo anterior fuera poco, aparte de las frecuentes diferencias ideológicas entre clericales y jacobinos, o de ambos contra un tercero en discordia, está la aparición hasta cierto punto reciente, y por el momento localizable tan solo en las localidades más grandes, de aquel historiador que esgrime la bandera del materialismo histórico. Tales diferencias ideológicas se traducen en la temática y en la procedencia de la información manejada: así por ejemplo, unos no acuden a los eclesiásticos; otros ignoran los oficiales, y los terceros por lo común no se presentan en ninguno de los dos.

No sé si sucede lo mismo en todas partes con estos últimos, pero en Guadalajara, por lo menos, padecen del defecto contrario de los jacobinos y los clericales: éstos disponen de mucha información y poca teoría, mientras que a los materialistas, quizá por su común juventud o por su acusada impreparación, les interesa más la teoría -el llamado marco teórico- que la información.

Tal y como acostumbra a decirnos José Gaos, "el marxismo es cosa seria" y difícilmente se puede confiar en lo que de él aportan dos o tres manuales de divulgación, de donde se obtienen esquemas en el fondo contrarios al método de trabajo seguido por un marxista alemán llamado Carlos Marx.

Viene al caso referir un párrafo de Pierre Vilar, sin duda uno de los mejores historiadores marxistas de nuestro tiempo, sobre lo que él llama los marxistas con prisa:

Ahora bien, la *fase de la investigación* implica sin duda un trabajo de *historiador*. Y me apresuro a añadir: no un trabajo superficial ni un trabajo de segunda mano, sino una penetración directa en la materia histórica. Dicho sea esto para los marxistas con prisa, sean literatos o sociólogos, que desdénando soberbiamente el "empirismo" de los trabajos de historiador fundan sus propios análisis (largos) en un saber histórico (corto) sacado de dos o tres manuales. Opuestamente, acontece que Marx redacta veinte páginas sin alusión histórica, que coronan veinte años de *investigación histórica* verdadera. Es preciso darse cuenta de ello. Y para darse cuenta, es necesario ser historiador.<sup>5</sup>

Otro alemán de nombre Federico Engels, que también se interesó en el marxismo, de igual modo reprochó en más de una ocasión a "algunos marxistas recientes" -tal vez pensaba en Plejanov- el apoyarse más en los manuales, como el propio *Manifiesto del Partido Comunista* escrito para obreros, que en los estudios más profundos hechos por Marx y por él mismo.

Concretamente en su famosa carta a Joseph Bloch de septiembre de 1890, se lamentaba de los siguiente:

Si algunas veces los jóvenes insisten más de lo debido en el aspecto económico, la falta debe atribuirse en parte a Marx y a mí. Teníamos que afirmar el principio fundamental ante adversarios que lo negaban y no siempre teníamos el tiempo, el sitio y la ocasión de reconocer a los otros momentos que participan en la acción recíproca, los derechos que les pertenecen. Pero cuando se trataba de exponer un período histórico, es decir, de una aplicación práctica, las cosas cambiaban y ya no era posible ningún error. Por desgracia, es muy frecuente la creencia de que se ha comprendido enteramente una teoría nueva y que se puede manejar sin más cuando se tienen solo los principios fundamentales.

He dedicado un poco más de espacio a los pretendidos marxistas, en función de que los otros dos tipos, liberales y conservadores -ambos con desplantes positivistas, sabiéndolo o no- siento que tienden a desaparecer, mientras la preponderancia del materialismo histórico es creciente. (Este, sin embargo, no conducirá a mucho si no se trabaja en serio -conforme diría Gaos-, como verdadero historiador -según Pierre Vilar-, o reconociendo los otros momentos que participan en la acción recíproca -de acuerdo con Engels).

Entiendo que el camino propuesto por los esquemas simplistas tiene la atracción del sendero fácil, aunque su inutilidad sea patente.

Para terminar, me refiero de nuevo a Luis González, aunque ya no por lo dicho sobre los historiadores de provincia, sino por lo que piensa hacer y está haciendo al respecto con su Colegio de Michoacán.

El Colegio de Michoacán no les va a poner mala cara a los creyentes en que sólo hay un camino que lleva a la verdad, pero no compartirá, como institución, su dogmatismo. El Colegio de Michoacán desea poner en práctica métodos y técnicas que están en boga en otros países, pero sin perder el derecho de seguir haciendo uso de los caminos clásicos. . . Como lo anima un espíritu de experimentación, su método general será flexible y variado. Se quiere incurrir lo menos posible en el pecado del fanatismo. Ningún método particular, por más prestigiado que esté o por más terrorista que sea, se adoptará como camino único. Ninguna apertura a las innovaciones nos hará renunciar a las verdades clásicas. No por condescender con los espíritus aventureros navegaremos al garete. <sup>6</sup>

Creo firmemente que instituciones como ésta son el modelo a repetir por toda la provincia mexicana a fin de que se conviertan en verdaderos focos subversivos tendientes a revolucionar la historiografía regional.

Se ha visto que la capacitación del individuo fuera de casa a fin de que retorne a rendir frutos en ella ofrece pobres resultados si se va a encontrar aislado y acabará por ser sometido por el medio ambiente. Indispensable es una institución de apoyo que le asegure un *modus vivendi* decoroso, que le proporcione con más facilidad la bibliografía necesaria, que le de acceso -o incluso lo presione- a mantenerse en contacto con lo que en otras partes sucede y a producir de vez en cuando lo que será publicado, que le permita mantenerse en contacto casi cotidiano con especialistas de intereses similares y se vea impelido a transmitir su saber a estudiantes en verdad interesados.

Solamente así, incluso con dinero de las arcas federales que procede del sudor provinciano y que bien puede regresar a la tierra de éste en vez de servir tan sólo para regar los jardines de la capital, así ganará libertad la pluma que dependerá, social y económicamente, mucho menos del medio.

#### NOTAS

1. Luis González. "Itinerario de microhistoriador" en *II Encuentro de Historiadores de Provincia. Memorias*. San Luis Potosí, Asociación Mexicana de Historia Regional, 1975, pp. 19-40.
2. *Op. cit.*, p. 31.
3. *Op. cit.*, p. 35.
4. *Op. cit.*, p. 37.
5. Pierre Vilar. "Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser" en *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli (recops.) México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (Col. Sepsetentas, n. 280), pp. 109-110.
6. Luis González. "Palabras en la inauguración de El Colegio de Michoacán por. . ." en *Boletín de El Colegio de Michoacán*. Zamora, 1979; núm. 1, p. 30.